

Sólo por el sentimiento podriase comprender al gran Colon. Pues bien, segun ellos, el sentimiento es cosa vedada en historia. No intentaremos convertirles; sólomente defenderemos la verdad contra las preocupaciones protestantes y racionalistas de los canónigos académicos que, apoyados por los dos devotos directores del *Giornale Ligústico*, se oponen á la glorificacion de su compatriota, aquel navegante cuyos «inmensos descubrimientos fueron menores que su fé,» segun la expresion admirablemente feliz del Reverendísimo sacerdote Julio Morel.

CAPÍTULO X.

GUERRA DECLARADA POR LOS ACADÉMICOS GENOVESES AL SENTIMIENTO EN LA HISTORIA.
—ERROR GENERAL DE LOS BIBLIÓGRAFOS Y BIÓGRAFOS RELATIVAMENTE AL ESPÍRITU DE LA ÉPOCA EN QUE VINO AL MUNDO EL REVELADOR DEL GLOBO.—INFLUENCIA DIRECTA Y PERSONAL DEL HÉROE EN SU SIGLO.—CRISTÓBAL COLON MÁS GRANDE DE LO QUE SE LE HABÍA CREÍDO.—LA VIDA DE CRISTÓBAL COLON MANIFIESTA LA ACCION DIVINA EN LA HUMANIDAD.

§ I.

Cuando escribiamos la verdadera historia de Cristóbal Colon, no ignorábamos cuanto chocaria nuestra obra con las ideas generalmente admitidas por los bibliógrafos discípulos de la llamada filosofia histórica. No ocultábamos de ninguna manera nuestra resolucion de escribir segun nuestro propio sentimiento de los hechos: «Existe una camarilla de escritores que no aprecia la historia sino en cuanto está escrita por la inteligencia con falta de corazon, ni al historiador sino con la condicion de contener en los términos de una fria elegancia las delicadezas de una idea desecada á fuerza de circunspeccion y de timidez.» Declarábamos tambien desde un principio que no nos sujetábamos al yugo de esa escuela tan mezquina en sus miras como pedantesca en sus fórmulas. Por consiguiente, léjos de proscribir nosotros el sentimiento, le hemos dado oidos y le hemos seguido. El hacerlo no era simplemente nuestro derecho, era tambien nuestro deber, y lo hemos cumplido.

La camarilla genovesa nos acusa de sentimentalismo. Ella sola ha inventado esta acusacion, pero, la aceptamos por esta vez y contestaremos que si la verdad constituye el poder de la historia, el sentimiento hace la fuerza del historiador. Porque el sentimiento es el que depura la intuicion, revela el sentido de las palabras, ensancha los aspectos, aclara los acontecimientos, dilucida las dificultades y resuelve los problemas á menudo áridos de las divergencias y contradicciones históricas. Sin sentimiento, no puede adquirirse siquiera conocimiento de los hechos. ¿Sabeis lo qué es el sentimiento, objeto de vuestros desdenes, redac-

tores del *Ligústico*? Es lo que constituye la grandeza de vuestro compatriota, y por este mismo está coronada su frente con los esplendores de la aureola cristiana. Por ese sentimiento, que deprimis porque careceis de él, mereció ser llamado héroe apostólico. ¡Oh devotos académicos, arqueólogos de aldea, guias modelos, que, olvidando vuestra especialidad, osais tratar cuestiones generales, inmiscuiros en los asuntos de la Iglesia, esperando influir en la Sagrada Congregacion de Ritos, y rechazar de vuestra ciudad la honra de haber dado á luz un santo, ignorais, pues, que la santidad procede del sentimiento?

¿Qué es la santidad? ¿No es acaso el sentimiento cristiano practicado en su perfeccion más elevada y llevado al grado heroico? Es absolutamente imposible reconocer la santidad ó escribir su historia, si sólo se atiende á la letra seca y muerta de un texto ó á ciertos fragmentos de crónica inanimada. La agiografía no obra por disertaciones bibliográficas, sino por hechos de sentimiento y por el sentimiento. Pues bien, nosotros hemos publicado las ideas y acciones de un héroe admirado por cuantos supieron estudiar su vida. Léjos de sonrojarnos por haber concedido declaradamente al sentimiento un lugar en nuestro trabajo, tenemos á dicha que los enemigos de Colon nos formen un cargo por ello.

Guiados por el sentimiento de la verdad hemos escrito la verdadera historia de Cristóbal Colon; por el sentimiento de la historia hemos descubierto su grandeza; y por el sentimiento de su grandeza hemos reconocido su virtud.

Hemos hallado á Cristóbal Colon mucho más grande que no le cree el mundo; más grande aún de lo que pensais vosotros. La escuela racionalista cree hacer un supremo elogio de ese navegante cuando reconoce en él al hombre del progreso, en quien se habia encarnado el espíritu de su época enteramente llena de aspiraciones hacia un desarrollo desconocido. Tuvo la gloria de realizar las esperanzas de Europa. Abrió nuevas vias á las relaciones de los pueblos; pero, á falta de él, otro hombre colocado en iguales condiciones, poseyendo la ciencia náutica y un gran valor, habria conseguido los mismos resultados.

Esto es lo que pretenden el canónigo Ángel Sangineti y sus compañeros, los enemigos de Colon. Es la pura doctrina de la escuela racionalista apoyada en la filosofía de la historia, y es tenido por retrógrado quien no admite sus doctrinas. Hace ya mucho tiempo que conocemos el espejismo de esa teoría, salida del germanismo, y que desde el suave sabio Herder, vastísimo talento, sufrió de los Hegelianos una recomposicion perjudicial á sus antiguos principios. Qué bien hicimos en no conceder nada á esa vanidosa y glacial escuela que ahora excluye á Dios del gobierno de la humanidad, y por consiguiente, de la historia de los pueblos y de los individuos. Porque, al querer aplicar su vago y fluctuante sistema á los acontecimientos de los cuales fué Colon primeramente el único autor y posteriormente el principal motor, se ven obligados á desnaturalizar los hechos,

trastornar el orden de su generacion, y confundir las consecuencias con su principio, tomando los efectos por su causa.

Apartándonos de esta brillante pero á menudo caduca teoría, hemos comprendido la grandeza inmensa de la mision de Colon y su profunda accion en los siglos siguientes.

Lo declaramos formalmente:

Cristóbal Colon, aun fuera de su cualidad de siervo de Dios, fué más grande de lo que pareció á los ojos del mundo. Los protestantes y racionalistas, discípulos todos de la filosofía de la historia, en lugar de mostrarle en sus verdaderas proporciones, en virtud de su sistema, le han empequeñecido y disminuido, atribuyendo al estado general de los ánimos, á las predisposiciones contemporáneas, á la corriente de las ideas de entónces, la concepcion que le fué propia, y han prestado homenaje á la pluralidad, al anónimo, de lo que era única y exclusiva obra de su talento fecundado por la gracia.

Hasta se ha llegado á creer que para hallar el Nuevo Mundo no habia ninguna necesidad de Colon; que, llegado el momento de descubrirlo, se habria tambien verificado el descubrimiento sin él, por el curso del progreso humano. La fuerza de las cosas, dicen, llevaba naturalmente á ello. Aunque son tan erróneas estas ideas, se hallan de tal manera propagadas entre los bibliógrafos, que, entre los eruditos, quizas no se hallaria nadie que se atreviera á combatir las de frente.

Con todo, para honra de la escuela católica, debemos nosotros restituir á Cristóbal Colon la gloria que le pertenece, restableciendo la verdad en los hechos por orden de fechas. Al reves de lo que enseña la filosofía de la historia, vamos nosotros á mostrar la accion directa y personal de Cristóbal Colon en los acontecimientos de su época. Esta accion les precede y domina con toda la sublimidad de la fé y la asistencia superior.

Nosotros damos fe de ello.

La influencia que se atribuye comunmente al carácter del siglo décimo quinto en el ánimo de Colon, la repercusion de los presentimientos del mundo, aquel movimiento de las inteligencias hacia lo desconocido, aquella corriente irresistible en las almas, aquellas aspiraciones de los pueblos, el peso supremo de la mole que arrastraba la voluntad individual, son una ingeniosa concepcion de la llamada filosofía histórica. Sus discípulos abusan del *hoc post hoc, ergo propter hoc*. Pero esa creacion fantástica de los teóricos de la historia se disipa y evapora, pasando por el crisol de la cronología, custodio incorruptible de la sucesion de los tiempos.

Considerad los hechos; vereis si se doblan condescendientes á su sistema.

Durante la Edad media, tan mal apreciada aún, las fuerzas vivas de la inteligencia se ejercitaron especialmente en lo inmaterial é invisible. Era entónces el reinado de la metafísica y de la teología. La filosofía escolástica ocupaba un buen

lugar. La ciencia del derecho reconstituía ó consolidaba sus principios: la jurisprudencia se formaba sobre bases nuevas. La cosmografía empero y la historia natural contaban pocos aficionados. No obstante, desde el año 1230, poseía Europa la obra de Tomás de Cambridge, sobre la naturaleza de las cosas, *De Natura rerum*, así como la cosmografía de Alberto el Grande, publicada quince años despues, *Liber Cosmographicus de natura locorum*. Los eruditos conocían el célebre *Opus Majus* de Rogerio Bacon, como también el Espejo de la Naturaleza, el *Speculum Naturale*, de Vicente de Beauvais, y la imagen del Mundo, *Imago Mundi*, por el cardenal Pedro de Ailly. La ciencia se había enriquecido con los trabajos del Cardenal Nicolas de Cusa y de Regiomontanus. Estaban al alcance de todos la relacion de Juan de Plan Carpin, el viaje de Ruysbroeck (Rubruquis), y especialmente el del veneciano Marco Polo. Desde el siglo trece existía la brújula, había mapas marinos, tablas de cálculo. Antes de la llegada de Colon á Lisboa se empleaban ya el astrolabio y el sextante. Sin embargo, nadie sabía la configuración y las grandes divisiones de la tierra. La Física continuaba enseñando que hay cuatro elementos: el aire, la tierra, el agua y el fuego. La Cosmografía descansaba sobre el más capital de los errores. Al revés de las leyes fundamentales del globo, profesaba que el mar ocupa sólo la séptima parte de la superficie terrestre, mientras que cubre más de los dos tercios de ella. En un espacio de doscientos sesenta años de estudios ó de observación, el trabajo del espíritu humano no había llegado á mayor progreso; su marcha había sido constantemente penosa y lenta, hasta la llegada de Cristóbal Colon.

Antes de la venida del Revelador del Globo, no había ni movimiento, ni aspiración en los pueblos hacia el engrandecimiento de la tierra.

Nosotros aseguramos que lejos de recibir Cristóbal Colon la impresión de su siglo, le comunicó él la suya. Nosotros certificamos que en el momento en que nació su proyecto de descubrimiento, no existía ni aplicación de las inteligencias á las cuestiones geográficas, ni impulso general ó particular de los ánimos hacia tierras desconocidas. Su descubrimiento, lejos de haber sido el resultado de tales ideas, fué al contrario su origen y desarrollo.

Nuestra afirmación es diametralmente contraria de lo que se dice, de lo que se lee, y quizás lector amigo, debe pareceros imprudencia ir tan allá. Á nosotros no nos asombra en manera alguna vuestra sorpresa. Las enseñanzas de la filosofía de la historia han acreditado de tal manera la creencia en un movimiento del talento humano, en el tiempo de Colon, que hasta hombres literatos formales y de recta intención participan de ella, de buena fé, con los racionalistas y los partidarios del progreso indefinido. Como no queremos multiplicar los detalles, citaremos sólo como ejemplo de ese error común, el juicio de un escritor católico, hombre distinguido y de gusto, muy versado en diplomacia, quien, en el JOURNAL

OFFICIEL de la République française, se dignó analizar nuestro libro: EL EMBAJADOR DE DIOS Y EL PAPA PIO IX.

M. Carlos de Mouy dice: «Cuando vino al mundo Colon, era inevitable que un hombre de talento de un orden superior y de un saber á toda prueba, profundamente penetrado por las preocupaciones contemporáneas, reuniera en sí el ardor, las emociones, las curiosidades y los deseos de todos, y abordara al través de los mares, algún continente desconocido (1).»

La frase nos parece de bella estructura y de buen gusto; desgraciadamente no hay en su favor ni la exactitud de las fechas ni la realidad de los hechos. En el momento en que apareció Colon, «las preocupaciones contemporáneas, las emociones, las curiosidades y los deseos de todos» no se volvían en manera alguna hacia el Océano, y nadie soñaba abordar al través de las olas algún continente desconocido.

Comprobemos la opinión del sabio crítico, primeramente por las fechas, despues lo haremos por los hechos.

Abrid los anales del mar.

Desde la era cristiana, salvo el establecimiento más ó ménos casual que hicieron en la Groenlandia marinos procedentes de los mares del Norte, ningún buque se aventura en el Atlántico antes de mediados del siglo décimo cuarto.

En 1345, unos navegantes genoveses, ayudados por algunos catalanes, descubren las islas Canarias.

Sesenta años despues un noble normando, Juan de Bethencourt, lleva á cabo la conquista de estas islas, ménos la grande.

Cuarenta años despues, el genoves Antonio Nolli descubre las islas del cabo Verde.

Á contar, empero, desde este día hasta el año 1492, en que Colon halla las Antillas, ningún otro reino, excepto Portugal, arriesga un buque en el mar Atlántico.

Dos pequeñas tentativas de descubrimiento en el espacio de más de un siglo, hechas por su cuenta particular por marinos de la misma nación, no indican un deseo general en Europa de descubrimientos marítimos. La Cronología no favorece aquí á la filosofía histórica.

¿Le serán más favorables los hechos? Vamos á saberlo ahora mismo.

(1) Journal officiel de la République française, 19 febrero 1875.